LIBRO XXI.

Los Daunienses, muerto Adrasto, tienden las manos á los aliados en señal de paz, y les piden un rey de su nacion. Nestor, inconsolable con la pérdida de su hijo, se ausenta de la asamblea de los caudillos, en donde muchos opinan que se debe repartir el pais de los vencidos, y ceder á Telémaco el terreno de Arpi. Telémaco, muy léjos de aceptar semejante oferta, demuestra que el interes comun de los aliados es elegir á Polidamas rey de los Daunienses, dejándoles sus tierras; en seguida persuade á estos pueblos á que den la comarca de Arpi á Diomedes llegado casualmente. Acabadas así las turbulencias todos se separan para volver á sus respectivos paises.

Apénas sucumbió Adrasto, cuando todos los Daunienses, léjos de lamentar su derrota y la pérdida de su jefe, se regocijaron de recobrar su libertad, y tendieron las manos á los aliados en señal de paz y de reconciliacion. Metrodoro, hijo de Adrasto, á quien su padre habia criado con máximas de disimulo, injusticia é inhumanidad, huyó cobardemente. Un esclavo, empero, cómplice de sus infamias y crueldades, emancipado por él, y por él colmado de beneficios, al cual se habia confiado en su fuga, no pensó mas que en su provecho propio, y le hizo traicion, matándole por detras cuando huia, cortándole la cabeza, y presentándola en el campo de los aliados, con la esperanza de que recompensarian profusamente un crímen que ponia término á la guerra. Pero el malvado causó horror, y le hicieron morir. Telémaco, habiendo visto la cabeza de Metrodoro, que era jóven de portentosa hermosura, y de índole escelente, á quien los placeres y malos ejemplos habian pervertido, no pudo contener las lágrimas. ¡Ah! esclamó, estos son los efectos que el veneno de la prosperidad causa en un príncipe jóven: cuanta mas elevacion y vivacidad tiene, tanto mas se aparta y aleja de todos los sentimientos de la virtud. Y ahora tal vez me sucederia eso á mí, si la adversidad en que, gracias á los dioses, he nacido, y las lecciones de Mentor no me hubieran enseñado á refrenarme.

Los Daunienses reunidos pidieron, como única condicion de paz, el que se les dejara elegir de entre ellos un rey

que pudiese borrar con sus virtudes el oprobio de que el impío Adrasto habia cubierto la corona. Dieron gracias á los dioses porque habian derribado al tirano: se agolpaban para besarle á Telémaco la mano que habia bañado con la sangre de aquel monstruo; y miraban su derrota como un triunfo. Así cayó en un momento, sin recurso alguno, el poderío que habia estado amenazando la Hesperia entera, y que hacia temblar á tantos pueblos: no de otro modo que esos terrenos que parecen firmes é inmóbiles, y que, minados poco á poco, aunque se desprecia mucho tiempo el lento trabajo que enflaquece el pié, cuando nada indica que falta solidez, cuando todo se ve unido, cuando nada se mueve, corroidos los cimientos, se hunden de repente y abren un abismo. Así ahonda á sus pies el precipicio por sí mismo todo poder injusto y engañoso, por mas prosperidades que consiga con sus violencias. El fraude y la inhumanidad socavan poco á poco todos los fundamentos mas sólidos de la autoridad legítima: la admiran, la temen, tiemblan en su presencia hasta que no existe; pero cae al fin por su propio peso, y no se vuelve á levantar, porque ha destruido con sus propias manos los verdaderos apoyos de la buena fe y de la justicia, que atraen el amor y la confianza.

Los jefes del ejército se reunieron desde el dia siguiente, para conceder un rey á los Daunienses. Daba placer ver los dos campos confundidos con una amistad tan inesperada, y los dos ejércitos no formando mas que uno. El sabio Nestor no pudo asistir al consejo, porque el dolor unido á la vejez habia marchitado su corazon, como la lluvia troncha y aja en la tarde la flor que era por la mañana al despuntar el alba la gala y el honor del verde campo. Se le habian convertido los ojos en dos fuentes de lágrimas inagotables: huia de ellos el blando sueño que mitiga las penas mas agudas; la esperanza, que es la vida del corazon del hombre, se habia apagado en él. Todo alimento era amargo para aquel desventurado anciano: la misma luz le era odiosa: su alma no ansiaba mas que dejar el cuerpo, y sumergirse en la eterna noche del imperio de Pluton. En vano le hablaban todos sus amigos; su desmayado corazon sentia repugnancia á todo afecto, como la siente un enfermo á los alimentos mejores. A cuanto le decian contestaba con gemi-

dos y sollozos. De cuando en cuando se le oia esclamar: ¡O Pisistrato, Pisístrato! ¡Pisístrato, hijo mio! ¡me llamas! ¡ya te sigo, Pisístrato! tú dulcificarás mi muerte. ¡O querido hijo mio! toda la felicidad á que aspiro es volverte á ver en las orillas de la Estigia! Pasaba horas enteras sin proferir una sola palabra, pero sí gimiendo, y levantando al cielo as manos y los ojos anegados en llanto.

Entre tanto los príncipes reunidos aguardaban á Telémaco, que estaba junto al cuerpo de Pisistrato, cubriéndole de flores á manos llenas, derramando sobre él esquisitos aromas y vertiendo lágrimas amargas. O mi querido compañero, le decia, nunca me olvidaré de haberte visto en Pilos, de haberte seguido á Esparta, ni de haberte vuelto á ver en las playas de la grande Hesperia: te debo mil y mil afectuosos cuidados: yo te amaba, y tú me amabas tambien: he conocido tu valor, que hubiera sobrepujado al de muchos Griegos famosos. ¡Ah! te ha hecho perecer con gloria; pero ha arrebatado al mundo una virtud naciente que hubiera igualado á la de tu padre: sí, tu sabiduría y elocuencia en la edad madura habrian sido semejantes á las de ese anciano, admiracion de toda la Grecia. Ya poseias tú esa dulce persuasion á la cual nadie se puede resistir cuando él habla, esas maneras sencillas y graciosas de contar, esa prudente moderacion que es un encanto para calmar los ánimos irritados, esa autoridad que viene de la sabiduría y de la fuerza de los buenos consejos. Cuando tú hablabas, todos te escuchaban, todos se inclinaban á tí, todos deseaban ver que tenias razon: tu palabra simple y sin atavíos penetraba dulcemente en el alma como el rocío en la yerba que nace. ¡Ay! ¡tantos bienes como poseíamos, hace algunas horas, nos han sido arrebatados para siempre! Pisístrato á quien he abrazado esta mañana, ya no existe; no n queda de él mas que un doloroso recuerdo. A lo ménos ú hubieras cerrado los ojos de Nestor ántes que nosotr hubiésemos cerrado los tuyos, no veria lo que ve, no ser el mas infeliz de todos los padres.

Despues de espresarse asi, Telémaco mandó lavar la herida sangrienta que Pisístrato tenia en el costado: hízole tender en una cama de púrpura, en donde, con la cabeza caida y la palidez de la muerte, parecia á un árbol nuevo que, habiendo cubierto la tierra de sombra, y levantando

al cielo su frondosa copa, ha empezado á cortar el hacha afilada de algun leñador: separado de las raices, privado de la tierra, madre fecunda que le nutrió en su seno, se seca, pierde su verdor; no puede sostenerse, cae, y las ramas que ocultaban el cielo, se arrastran en el polvo, mustias y secas las hojas, no quedando mas que un tronco abatido y desnudo de todas sus galas. Tal estaba Pisístrato, despojo de la muerte, cuando llevaban su cadáver los que debian ponerle encima de la pira. Ya la llama subia al cielo. Una fuerza de Pilienses, con los ojos bajos y arrasados de lágrimas, vueltas las armas hácia teirra, le conducian lentamente. No tarda el cuerpo en quemarse; las cenizas se depositan en una urna de oro; y Telémaco, atento á todo, confia esta urna como un gran tesoro á Calímaco, ayo de Pisístrato. Guardad, le dice, estas cenizas, tristes si bien preciosas reliquias del que tanto amabais; guardadlas para su padre. Pero esperad á que haya recobrado bastante fuerza para pedirlas, y dádselas entónces: lo que en una ocasion irrita el dolor, en otra le mitiga.

En seguida entró Telémaco en la asamblea de los reyes confederados, en donde todos guardaron silencio para escucharle desde que le vieron: ruborizóse de eso, y no fué posible hacerle hablar. Las alabanzas que le dieron, con aclamaciones públicas, por cuanto acababa de ejecutar, aumentaron su vergüenza; se hubiera querido esconder: fué la primera vez que se halló cortado é indeciso. Por último, pidió como gracia que no le hicieran elogio alguno mas. No es porque no me halaguen las alabanzas, dijo, sobre todo cuando vienen de tan buenos jueces de la virtud; pero temo que me halaguen demasiado, y las alabanzas pervierten, llenan de soberbia y envanecen é infatúan. Es menester merecerlas y evitarlas: los mas veraces elogios se parecen á los mentidos. Los mas perversos de todos los hombres, que son los tiranos, son los que mas se hacen alabar por los aduladores. ¿Cuál es el placer de verse ensalzado como ellos? Las alabanzas que mas valen, son las que me daréis estando ausente, si he tenido la fortuna de merecerlas. Si me creeis verdaderamente bueno, debeis creer tambien que deseo ser modesto y preservarme de la vanidad: dejadme pues, si me estimais, y no me alabeis como á hombre codicioso de alabanzas

Dicho eso, Telémaco no volvió á contestar á los que para seguian levantándole al cielo, y con cierto aire de indiferencia no tardó en cortar los encomios que le prodigaban. El temor de enojarle alabándol acabó con los elogios; pero, la admiracion creció, sabiendo todos el cariño que habia mostrado á Pisístrato, y el celo con que habia cuidado de sus exequias. El ejército entero se sintió mas conmovido por las señales de la bondad de su corazon, que por todos los prodigios de sabiduría y valor con que se acababa de ilustrar. Es sabio, es valiente, se decian en secreto unos á otros, es predilecto de los dioses, y el verdadero héroe de nuestra época; es superior á la humanidad; pero eso no es mas que maravilloso, eso no hace mas que asombrarnos. Es humano, es bueno, es fiel y tierno amigo; es compasivo, liberal, benéfico, y todo entero de los que debe amar; es el encanto de los que viven con él; se ha corregido de su altivez, indiferencia y arrogancia: hé ahí lo que es de provecho, hé ahí lo que va al alma, hé ahí lo que nos obliga á quererle, inspirándonos respeto á sus virtudes todas; hé ahí lo que hace que todos dariamos la vida por él.

Apénas se terminaron esas conversaciones, se habló de la necesidad de dar rey á los Daunienses. Los mas de los príncipes que asistian al consejo, eran de parecer que debia repartirse aquel pais entre todos como tierra conquistada. Ofrecieron á Telémaco el fértil territorio de Arpi[1], que dos veces al año da los ricos dones de Ceres, los dulces presentes de Baco, y el fruto siempre verde del olivo, consagrado á Minerva. Esa tierra, le decian, os debe hacer olvidar la pobre Itaca y sus cabañas, los horrorosos peñascos de Duliquio[2], y los bosques enmarañados de Zacinto. No busquets mas á vuestro padre, que debe de haber perecido en las olas hácia el promontorio de Cafarea, victima de la venganza de Nauplio[3] y de la cólera de Neptumo: ni penseis

[1] Arpi erra una region de la Apulia dauniense, cuya capital se llamaba Argiripa, y Argos-Hipion. Todavia se ven las ruinas en la Capitanata entre Lucera y Manfredonia.

[2] Duliquio, hoy Teak, es una isla pequeña del mar de Grecia en el golfo de Patras, al este de Cefalonia.

[3] Nauplio, rey de Eubea, irritado de que los jefes del ejército griego hubiesen condenado á muerte injustamente á Palamedes

tampoco en vuestra madre, que desde vuestra marcha poseerán sus amantes; ni en vuestra patria, cuya tierra no está favorecida del cielo como la que os ofrecemos.

Escuchaba con calma estas razones; pero las rocas de Tracia y de Tesalia no son mas sordas á las quejas de los amantes desesperados, que lo era Telémaco á semejantes ofrecimientos. En cuanto á mí, les contestó, ni me mueven las riquezas ni las delicias: ¿qué vale poseer mayor estension de tierra, y mandar á mayor número de hombres? tener mas cuidados y ménos libertad: bastante desgraciada es ya la vida para los mas prudentes y moderados, sin tener que añadirle el trabajo de gobernar á otros hombres indóciles, turbulentos, injustos, falaces y desagradecidos. Cuando se quiere ser señor de los hombres en provecho propio, no pensando sino en el mando, en los placeres, en la gloria personal, se es impío, se es tirano, se es el azote de la humanidad. Cuando, al contrario, no se aspira á gobernar á los hombres sino conforme á los verdaderos principios, para bien de ellos, se es ménos su señor que su tutor; no se tiene mas que trabajo, y ese infinito; y se dista mucho de querer estender mas léjos la autoridad. El pastor que no se come el rebaño, que le defiende de los lobos arriesgando la vida, que vela noche y dia para guiarle á buenos pastos, no se cuida de aumentar el número de sus carneros ni de quitarle al vecino los suyos: eso seria acrecentar su fatiga. Aunque yo nunca haya gobernado, añadia, he aprendido en las leyes y de los sabios varones que las han hecho lo penoso que es dirigir las ciudades y los reinos. Yo me doy por contento con mi pobre Itaca, por mas pobre y reducida que sea: harta gloria tendré, si en ella reino con justicia, piedad y valor; y aun no reinaré sino demasiado pronto. Plegue á los dioses que mi padre, salvado del futor de las olas, vuelva á reinar hasta la mas estremada vejez, y que yo pueda aprender de él por mu-

por los artificios de Ulises, hizo encender fuegos en el monte Cafareo, hoy cabo de Figuera, en la isla de Eubea que mira al Helesponto, con el fin de atraer á los Griegos, y hacer que su flota se estrellara contra las rocas; pero se frustró su designio, porque Ulises y Diomedes tomaron otro rumbo.

cho tiempo como se han de refrenar las propias pasiones para saber moderar las de todo un pueblo.

Despues de estas razones dijo Telémaco : Escuchad, o príncipes aquí reunidos, lo que en mi opinion debo deciros por vuestro propio interes. Si dais á los Daunienses un rey justo, los gobernará con justicia, y les enseñará lo útil que es guardar la buena fe, y no usurpar á los vecinos lo suyo, lo cual les ha sido imposible comprender bajo la dominacion del impio Adrasto. Miéntras los gobierne un rey sabio y moderado, nada tendréis que temer de ellos, que os deberán ese buen rey dado por vosotros, y la paz y prosperidad de que disfrutarán : estos pueblos, léjos de embestiros, os colmarán de bendiciones, siendo el rey y el pueblo obra toda de vuestra mano. Si al contrario preferís repartiros su territorio, hé aquí las calamidades que os presagio : este pueblo, reducido á la desesperacion, recurrirá de nuevo á la guerra, combatirá justamente por su libertad, y los dioses, enemigos de la tiranía, se pondrán de su parte. Si lo hacen así los dioses, tarde ó temprano os veréis confundidos, y vuestras prosperidades se disiparán como el humo : les quitarán á vuestros caudillos el consejo y la sabiduría, á vuestros ejércitos el valor, y la abundancia á vuestras tierras. Os alucinaréis; seréis temerarios en vuestras empresas; impondréis silencio á los buenos varones que intenten deciros la verdad; caeréis de repente, y se dirá de vosotros : ¿Son esos los florecientes pueblos que debian dar la ley al mundo entero? y ahora huyen de sus enemigos, siendo el ludibrio de las naciones que los insultan : hé ahí lo que los dioses han hecho ; hé ahí lo que merecen las naciones injustas, soberbias é inhumanas. Ademas tened presente que si os repartis esta conquista entre vosotros, vais á coaligar en contra vuestra á todos los pueblos vecinos : vuestra liga, formada para defender la libertad comun de la Hesperia contra el usurpador Adrasto, se hará odiosa, y vosotros seréis á quienes todos los pueblos acusarán con razon de querer apropiaros la tiranía universal.

Pero supongo que habeis quedado vencedores de los Daunienses y de los otros pueblos, esa victoria os destruirá : hé aquí como. La misma empresa deberá desuniros, porque no estando cimentada en la justicia, no tendréis regla para limitar las pretensiones de cada uno de vosotros.

queriendo cada cual que su parte de conquista sea proporcionada á su fuerza : ninguno de vosotros tendrá bastante autoridad con los demas para llevar á cabo pacíficamente la reparticion, y eso será orígen de una guerra que vuestros nietos no verán terminada. ¿No vale mas ser justos y moderados, que dejarse arrastrar de la ambicion con tantos peligros, y por medio de tantas desgracias inevitables? La sólida paz, los dulces é inocentes placeres que la acompañan, la amistad de los vecinos, la gloria que es inseparable de la justicia, la autoridad adquirida siendo por la buena fe los árbitros de todos los pueblos estranjeros, ¿no son bienes mas apetecibles que la insensata vanidad de una conquista inicua? ¡O príncipes! ¡ó reyes! bien veis que os hablo desinteresadamente : escuchad pues al que os ama bastante para contradeciros, y para enojaros poniéndoos delante de los ojos la verdad.

Miéntras Telémaco hablaba así con una autoridad en nadie vista hasta entónces, y estando atónitos y suspensos todos los príncipes admirando la sabiduría de sus consejos, se oyó un ruido confuso que se esparció por el campamento, y llegó hasta el sitio en donde se tenia la junta. Un estranjero, dijeron, acaba de arribar á nuestras costas con gente armada. El desconocido es de elevada presencia, todo en él parece heróico : se conoce fácilmente que ha padecido mucho tiempo, y que á fuerza de valor ha superado sus trabajos. Cuando al principio le han querido repeler los pueblos que guardan la costa, como á un enemigo que viniera á hacer una irrupcion, despues de sacar la espada con ademan intrépido, ha declarado que se defenderia, si le atacaban ; pero que no pedia mas que la paz y la hospitalidad. En seguida ha presentado un ramo de olivo como suplicante. Le han oido, ha pedido que le conduzcan á los que gobiernan esta costa de la Hesperia, y le traen aquí para que hable á los reyes reunidos.

Acabadas de decir esas palabras, se vió entrar al desconocido con una majestad que sorprendió á toda la asamblea. Se hubiera creido fácilmente que era el dios Marte cuando concentra en las montañas de Tracia sus huestes sanguinarias. El estranjero comenzó á hablar así :

O vosotros, pastores de los pueblos, que sin duda estais aquí reunidos ó para defender la patria de sus enemigos,

ó para hacer que florezcan las leyes mas justas, escuchad á un hombre á quien la fortuna ha perseguido. ¡Plegue á los dioses que jamas esperimenteis semejantes desdichas! Yo soy Diomedes, rey de Etolia, el que hirió á Venus en el sitio de Troya. La venganza de esa diosa me persigue por todo el universo. Neptuno, que nada puede negar á la hija divina del mar, me ha entregado al furor de los vientos y las olas, que muchas veces han roto mis naves contra los escollos. La inexorable Venus me ha quitado la esperanza de volver á ver mi reino, mi familia y la dulce luz en que empecé á ver el dia desde la cuna. No, ya no volveré á ver lo que mas he amado del mundo. Despues de tantos naufragios, vengo á estas playas desconocidas á buscar en ellas un poco de descanso y un asilo seguro. Si temeis á los dioses, sobre todo á Júpiter, que ampara á los estranjeros; si sois inclinados á la compasion, no me negueis en estas dilatadas comarcas un rincon estéril, cualquiera desierto, algun arenal, ó las rocas mas escarpadas, para fundar con mis compañeros una ciudad que sea á lo ménos una triste imágen de nuestra perdida patria. No pedimos mas que un poco de espacio que os sea inútil. Nosotros viviremos en paz con vosotros en alianza estrecha: vuestros enemigos lo serán nuestros, y entraremos en cuanto sea de vuestro interes; no os pedimos mas que la libertad de vivir conforme á nuestras leyes.

En tanto que así hablaba Diomedes, Telémaco tenia los ojos puestos en él, y dejaba ver en su rostro todas las pasiones. Cuando Diomedes habló de sus largos infortunios, esperó él que fuera su padre aquel hombre tan majestuoso. Luego que declaró que era Diomedes, el semblante de Telémaco se entristeció como se marchita una flor que acaba de ajar el soplo cruel de los negros aquilones. Despues, dequejarse Diomedes de la larga cólera de una deidad, sus palabras le enternecieron, recordándole que su padre y él habian padecido los mismos infortunios: por último, derramando lágrimas de dolor y alegría, se arrojó á Diomedes para abrazarle.

Yo soy él hijo de Ulises, le dijo, al cual habeis conocido, no habiéndoos sido inútil cuando os apoderasteis de los famosos caballos de Reso. Los dioses le han tratado tan despiadadamente como á vos. Si no mienten los oráculos del

Erobe, todavía vive; pero ¡ay! no vive para mi. He abandonada á Itaca para buscarle, y ahora ni puedo volver á Itaca ni encontrar á mi padre: juzgad por mi desdicha la compasion que me inspiran las vuestras. Esa es la única ventaja de los desgraciados, saber compadecerse de los padecimientos ajenos. Aunque aquí no soy mas que un estranjero, puedo, ó gran Diomedes (porque, á pesar de las miserias que han agobiado á mi patria en mi infancia, no me han educado tan mal que ignore vuestra fama en los combates), puedo, ó el mas invencible de todos los Griegos despues de Aquiles, proporcionaros algunos socorros. Estos príncipes que veis son humanos, y saben que no hay virtud, ni verdadero valor, ni gloria estable sin humanidad. La adversidad derrama nuevo esplendor sobre la gloria de los grandes varones, á quienes falta algo, cuando no han sido desgraciados; porque su vida no presenta ejemplos de paciencia y firmeza: la virtud, cuando padece, conmueve dulcemente todos los corazones que la aman. Dejad pues á nuestro cuidado el procuraros consuelo; que los dioses, al traeros hácia nosotros, nos han hecho un presente, y debemos tenernos por muy dichosos de poder dulcificar vuestras penas.

Miéntras hablaba Telémaco, Diomedes maravillado le miraba atentamente, y se sentia enternecido. Abrazábanse, como si hubieran estado unidos mucho tiempo ántes con íntima amistad. O digno hijo de Ulises, esclamaba Diomedes, estoy viendo en vuestro semblante la dulzura del suyo, en vuestras razones su gracia, la fuerza de su elocuencia en la vuestra, su nobleza en vuestros sentimientos, y en vuestras ideas su sabiduría.

En esto se abraza tambien Filoctetes con el grande hijo de Tideo, y ambos se cuentan sus tristes aventuras. Díjole en seguida Filoctetes: Sin duda os alegraréis de ver al sabio Nestor: acaba de perder á Pisístrato, único hijo que le quedaba: la vida no le guarda ya mas que un camino de lágrimas para llegar al sepulcro. Venid á consolarle: un amigo desgraciado puede ofrecer á su corazon mas eficaz consuelo que otro cualquiera. Al punto se dirigieron á la tienda de Nestor, que apénas reconoció á Diomedes con la escesiva tristeza que tenia abatidos su espíritu y sentidos. Al principio lloró Diomedes con él, y su vista fué para el

anciano un incremento de dolor; pero poco á poco la presencia de este amigo le fué apaciguando el ánimo. Se observó fácilmente que sus males se mitigaban un poco con el placer de referir lo que habia padecido, y de oir lo que le habia sucedido á Diomedes.

Durante su conversacion, los reyes reunidos con Telémaco examinaban lo que debian hacer. Telémaco les aconsejó que dieran á Diomedes el territorio de Arpi, y que eligieran á Polidamas rey de los Daunienses, el cual era de su nacion. Este Polidamas era un famoso capitan que Adrasto, por envidia, no habia querido emplear jamas, temiendo que se atribuyera á su habilidad parte de la gloria de sus triunfos, que queria toda para sí. Polidamas le habia advertido en particular muchas veces que esponia demasiado su vida y la salud del estado en una guerra en que tenia contra él tantas naciones confederadas, y habia procurado inclinarle á observar otra política mas recta y moderada con sus vecinos. Pero los hombres que odian la verdad, odian tambien al que se atreve á decirla, sin que los mueva su sinceridad, celo y desinteres. Una prosperidad engañosa habia endurecido el corazon de Adrasto para los consejos saludables; sin seguirlos triunfaba todos los dias de sus enemigos; la arrogancia, la mala fe, la violencia le aseguraban siempre la victoria: ninguno de los contratiempos con que le amenazaban las repetidas predicciones de Polidamas, se realizaba. Adrasto se mofaba de una prudencia tímida que prevee siempre inconvenientes; Polidamas se le hizo insoportable; le alejó de todos los puestos, y le dejó consumirse en la soledad y la pobreza.

Al pronto Polidamas se sintió agobiado por esta desgracia; pero de ella sacó lo que le faltaba, pues le habrió los ojos y le hizó conocer la vanidad de las grandes fortunas; instruyóse á su costa, y se alegró de haber sido desgraciado, aprendiendo poco á poco á callar, á vivir con estrechez, á nutrir pacíficamente su alma de la verdad, á cultivar las virtudes secretas que son mas apreciables que las brillantes, y en fin, á no necesitar de los hombres. Fuése á vivir á la falda del Gárgano, en un desierto, donde le servia de techo una roca medio abovedada. Un arroyo que caia de la montaña le apagaba la sed; algunos árboles le daban frutas, y con dos esclavos que cultivaban un campo

reducido, y á quienes ayudaba con sus propias manos, hallaba en la tierra el pago que esta daba con usura á sus fatigas, no dejándole carecer de lo que necesitaba. Ni tenia solamente frutas y legumbres, cultivaba ademas toda especie de flores olorosas. Allí deploraba la desgracia de los pueblos que la ambicion insensata de un rey arrastra á su ruina. Allí aguardaba á cada instante que los dioses, justos aunque sufridos, derribaran á Adrasto. Cuanto mas crecia su prosperidad, tanto mas cerca creia ver su caida inevitable; porque la imprudencia que sale bien de sus faltas, y el poder que sube á los últimos escesos de la autoridad absoluta, son los precursores de la destruccion de los reyes y de los reinos. Cuando supo la derrota y muerte de Adrasto no manifestó la menor satisfaccion, ni de haber acertado ni de verse libre del tirano; solo gimió por el temor de ver á los Daunienses esclavos.

Ese fué el hombre que Telémaco propuso para reinar. Ya hacia algun tiempo que estaba enterado de su valor y virtud; porque, siguiendo los consejos de Mentor, no dejaba de informarse en todas partes de las prendas y defectos de todos los que ocupaban algun empleo considerable, no solo entre los aliados, sino tambien entre los enemigos. Su principal cuidado era descubrir y examinar en donde quiera que fuese á los hombres que tenian alguna habilidad especial ó una virtud eminente.

Los príncipes aliados manifestaron al principio cierta repugnancia á elevar á Polidamas á la dignidad regia. Hemos esperimentado, decian, cuan formidable sea para sus vecinos un rey de los Daunienses, cuando tiene aficion á la guerra y la sabe hacer. Polidamas es un gran capitan, y nos puede poner en mucho peligro. Pero Telémaco les respondió: Polidamas, es verdad, sabe el arte de la guerra; mas es amigo de la paz, y esas dos cosas son las que se han de buscar. El que conoce las desgracias, peligros y dificultades de la guerra, es mucho mas capaz de evitarla que cualquiera otro que nada de eso conoce. Él ha aprendido á gozar de la felicidad de una vida sosegada; ha condenado las empresas de Adrasto; ha previsto sus resultas funestas. Un príncipe débil, ignorante y sin esperiencia es mas de temer para vosotros que una persona que de todo se informará, y todo lo decidirá por sí mismo. El príncipe débil é

ignorante no verá sino por los ojos de algun privado con pasiones, ó de un ministro adulador, turbulento y ambicioso; y así se encontrará empeñado ese príncipe ciego en la guerra sin quererla hacer. Nunca podréis estar seguros de él, porque él mismo no podrá estarlo de sí; os faltará á la palabra; no tardará en reduciros al estremo de tener que acabar con él, ó de que él acabe con vosotros. ¿No es mas útil, mas seguro, y al mismo tiempo mas justo y noble, corresponder fielmente á la confianza de los Daunienses, y darles un rey digno de gobernarlos?

Con ese razonamiento quedó persuadida toda la asamblea. uése á proponer á Polidamas á los Daunienses, que aguaraban la resolucion con impaciencia. Al oir el nombre de Polidamas, respondieron: Ahora conocemos que los príncipes aliados quieren proceder con lealtad, y hacer con nosotros una paz duradera, pues nos proponen para rey un varon tan virtuoso y tan capaz de gobernarnos. Si se nos hubiera señalado un cobarde, afeminado é ignorante, hubiéramos creido que se pretendia humillarnos y corromper la forma de nuestro gobierno; y tan dura y artificiosa conducta nos hubiera inspirado un vivo y profundo resentimiento; pero la eleccion de Polidamas prueba verdadero candor. Los aliados no esperan ciertamente de nosotros sino lo que es justo y noble, pues nos dan un rey que es incapaz de hacer cosa alguna contra la libertad y la gloria de nuestra nacion: así podemos protestar, á la faz de los justos dioses, que ántes volverán hácia su nacimiento las corrientes de los rios, que dejemos nosotros de amar á tan benéficos reyes. ¡Ojalá llegue á nuestros últimos descendientes el recuerdo del beneficio que hoy recibimos, y se renueve la paz de generacion en generacion, haciendo renacer el siglo de oro en toda la costa de la Hesperia!

Propúsoles Telémaco en seguida que cedieran á Diomedes las campiñas de Arpi para fundar en ellas una colonia. te nuevo pueblo, les dijo, os deberá su establecimiento a comarca que no ocupais. Acordaos de que todos los m ro deben amarse; que la tierra es demasiado ancha ra todos; que es menester tener vecinos, y que vale mas erlos que os esten agradecidos por su acogida y establecimiento. Compadeceos del infortunio de un rey que no puede volver á su patria. Polidamas y Diomedes, unidos con los lazos de la justicia y la virtud, únicos que son duraderos, os mantendrán en una paz profunda, y os harán temer de los pueblos vecinos que piensen en engrandecerse. Ya veis, Daunienses, que hemos dado á vuestra tierra y á vuestra gente un rey capaz de hacer subir al cielo vuestra gloria; dad, por vuestra parte, pues nosotros os lo pedimos, un terreno que os es inútil á un rey digno de toda especie de socorro.

Los Daunienses respondieron que nada podian negar á Telémaco, siendo quien les habia procurado un rey como Polidamas. En seguida fueron á buscarle á su desierto y á ponerle en posesion del reino. Antes de partir, dieron á Diomedes las fértiles llanuras de Arpi para fundar en ellas un nuevo estado. Los aliados se regocijaron mucho, porque aquella colonia de Griegos podria ofrecer un auxilio poderoso á su partido, en caso de que los Daunienses intentaran renovar las usurpaciones, cuyo mal ejemplo habia dado Adrasto.

Todos los príncipes no pensaron ya mas que en separarse. Telémaco partió con las lágrimas en los ojos, llevándose á los suyos, despues de haber abrazado tiernamente al valeroso Diomedes, al sabio é inconsolable Nestor, y al celebrado Filoctetes, digno heredero de las flechas de Hércules.